

jóvenes. Por otro lado, en las ocupaciones por cuenta propia "nuevas" se debería encontrar una proporción más alta de jóvenes que están mejor preparados para aprovechar las oportunidades presentadas por estas nuevas ocupaciones. En tanto podemos suponer que la aspiración de independencia no desaparece ya que no se trata de una aspiración puramente "tradicional" sino que también existe en sociedades altamente burocratizadas; entre las generaciones más jóvenes deberíamos encontrar un grupo que ingresa a las ocupaciones por cuenta propia dinámicas y en crecimiento, y lo hace no como resultado de falta de alternativas sino como elección positiva.

Sin duda, las ciudades latinoamericanas varían en su conformación estructural y en la manera en que se está llevando a cabo el proceso de industrialización. En consecuencia, las proporciones de la población en los diversos tipos de trabajos por cuenta propia y las tasas de cambio en los mismos pueden variar. Lo que se sostiene aquí es que, a pesar de estas variaciones, existe un núcleo básico común en la dinámica de los trabajos por cuenta propia, en función de los moldes capitalistas de la industrialización.

También queda fuera de este artículo el análisis de los trabajadores por cuenta propia de nivel más bajo, sin capital. La mayoría de las personas que ocupan estas posiciones lo hacen por no encontrar alternativas de trabajo en ocupaciones más formalizadas. El análisis de este tipo de trabajo por cuenta propia se encuadraría generalmente dentro de la temática de la marginalidad. El análisis empírico manteniendo las distinciones en términos de ciclo vital y cohortes ayudaría, en este caso, a aclarar muchas de las inabundables discusiones sobre la evolución histórica de la marginalidad, a qué categorías sociales afecta, etc. También ayudaría a establecer las diferencias entre niveles estructural e individual, y evitar cometer falacias de razonamiento tan comunes en esta área de pensamiento sociológico.

PARALELOS REVOLUCIONARIOS EN UNA HISTORIA DE VIDA

June Nash

Los movimientos sociales del siglo veinte han volcado en las corrientes de la historia más gente que en cualquier otra época de que se tenga memoria. Los campesinos y trabajadores sólo esporádicamente, hasta el presente siglo, se vieron envueltos en la acción política, y de ordinario en episodios de explosiones violentas, y han resultado las más de las veces víctimas de los acontecimientos. En el curso de las dos últimas décadas, en América latina, los campesinos y trabajadores, especialmente, se han visto envueltos por primera vez en una acción política sostenida y han adquirido las responsabilidades del poder. Si bien algunos de estos movimientos populistas han sido derrocados o desintegrados en sus partes componentes, su incorporación de hombres y mujeres de la clase trabajadora ejercerá un continuo impacto en los acontecimientos de aquellos países en que existieron.¹

La "truncada revolución" boliviana de 1952 lanzó al primer plano de la historia nacional a los mineros e incluso a los campesinos que antes sólo habían ocupado los titulares de los periódicos cuando eran masacrados en número suficientemente grande

¹ Para una visión histórica de la Revolución, véase Herbert Klein, *The Impact of the Chaco War on Bolivian Society*, tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, 1963. James M. Malloy brinda un análisis del Movimiento Nacional Revolucionario de la década del 50 y principios de la década del 60 en Bolivia: *The Uncompleted Revolution*, The University of Pittsburgh Press, 1970.

o cuando se producían cambios de convergadura en las oportunidades ocupacionales o en los movimientos de población. Eran conductores pasivos de las cambiantes corrientes de la economía y la política. Cuando su respaldo al Movimiento Nacionalista Revolucionario llevó al poder a Víctor Paz Estenssoro en 1952, la Central Obrera Boliviana (COB) contribuyó con dos vicepresidentes, 20 diputados nacionales, 100 senadores y 10 presidentes y directores de empresas autárquicas.² Durante el período que va de 1956 a 1962, en que ejerció su mandato el Presidente Hernán Siles Suazo, los líderes obreros fueron mayoría en la Cámara de Diputados.³

Los movimientos sociales que tuvieron lugar en Bolivia en las décadas del 50 y el 60 se hallan reflejados en la vida de las personas que participaron de los mismos. Una aproximación a su análisis es el de la autobiografía o la "biografía familiar", conforme fue desarrollada por Oscar Lewis en su estudio de *Los Hijos de Sánchez y Pedro Martínez*. A través de los ojos de los miembros de la familia, que difieren en edad y sexo, es posible apreciar el impacto diferencial de los acontecimientos en el individuo y cómo los mismos influyeron en él o ella para que actuara. Mientras trabajaba en Oruro, el centro minero del esteño del altiplano andino, recurrí al enfoque autobiográfico a fin de analizar la conciencia de la ideología y de los acontecimientos. Me había hecho amigo de Juan Rojas, un barrendero de primera clase, y por su intermedio, de su esposa y sus seis hijos, que incluían desde un bebé hasta un muchacho de 20 años.⁴ La familia de Juan constituye un microcosmos de la clase trabajadora en una sociedad minera. Las corrientes del cambio, desde la Guerra del Chaco

hasta el advenimiento de la década del '70, época en que recogí las declaraciones autobiográficas de Juan, su esposa María y su hijo mayor, Filomeno, se reflejan en las dos generaciones representadas en la familia. La vida de Juan corre paralela al surgimiento y la caída del populista Movimiento Nacional Revolucionario. Acababa de alcanzar su plena virilidad y casarse con María el año en que tomó el poder el Movimiento Nacional Revolucionario tras la lucha callejera del 9 de abril de 1952. Hacía 1963, cuando el partido comenzó a fracturarse en las partes componentes que lo habían llevado al poder, Juan contrajo síncosis y comprendió que sus años productivos estaban contados. Cuando no pudo trabajar más en el interior de las minas a causa de repetidos ataques pulmonares en 1968, pasó a trabajar como sereno nocturno. La represión de los mineros había alcanzado un nuevo pico el año anterior, cuando el General René Barrientos Ortuño, que había tomado la presidencia en 1964, utilizó la fuerza militar para abogar la rebelión obrera. La fuerza y salud de los mineros de Juan corren parejas con el menguante contenido mineral de los yacimientos y las pérdidas registradas en los balances de las compañías mineras nacionalizadas.

El padre de Juan fue uno de los muchos campesinos de Cochabamba reclutados por Simón I. Patiño para trabajar en la mina Siglo xx en 1932. Cuando Juan sólo contaba con seis años de edad, vio morir de síncosis en el hospital de la mina a un ahijado de su padre. En su deseo de escapar de la mina y del destino de los trabajadores hospitalizados por afecciones de las vías respiratorias, el padre de Juan trasladó su familia a su hogar natal, Mallku Rancho en Cochabamba, al año siguiente. Juan obtuvo su primer trabajo cuando sólo contaba seis años de edad, y tuvo que escarbar zanahorias, con lo que se ganaba cinco centavos por día. Comentaba con satisfacción: "Era poco, pero a mi modo de ver, algo valía porque el dinero valía más en esta época y lo recibía el mismo día en que lo ganaba."

La tierra que la familia trabajaba en Mallku Rancho no era la suficientemente grande como para alimentar a la familia; de manera que cuando el gobierno prometió tierras gratuitas a los colonos en la zona del oriente tropical del país, en la ciudad de Puerto Suárez, Departamento de Santa Cruz, el padre de Juan accedió al lugar para investigar. Mostrándose optimista acerca de las nuevas oportunidades, hizo venir a su familia y Juan llegó

² Véase Demetrio Canelas, *Mito y realidad de la industrialización boliviana*, Los Amigos del Libro, La Paz, 1966, p. 77.

³ Para una discusión de esas tendencias véase Demetrio Canelas, *obra cit.* Para comprender el impacto de los trabajadores y campesinos en el gobierno durante este período, léase el resumen de Patch "Bolivia U. S. Assistance in a Revolutionary Setting", en *Social Change in Latin America To-day*, Vintage Press, Nueva York, 1960.

⁴ Mi primer viaje de estudio de tres meses, en 1969, fue costado mediante una beca concedida por el Social Science Research Council. Un segundo viaje de un año fue posible gracias a una beca de investigación concedida de nuevo con el título IV del programa Fulbright-Hayes. Agradeczo a ambas instituciones la oportunidad que me brindaron de realizar la investigación.

allí con sus cuatro hermanos y su madre en la época de las lluvias. Poco después de su arribo, el violento cambio de altura y de clima enfermó al padre de Juan. Durante el breve tiempo en que permaneció en la mina, había contraído la síncosis. Sus pulmones debilitados no resistían el aire agobiante de la zona tropical y así la familia tuvo que regresar a Cochabamba antes de levantar la cosecha. El padre de Juan se vio obligado a internarse en el hospital de la ciudad, mientras la familia regresaba a su hogar en Mallku Rancho. La madre de Juan visitaba diariamente a su esposo enfermo, pero un día en que no tenía dinero suficiente para pagarse un boleto de adulto, envió a Juan. Cuando llegó a la sala en que había estado su padre, encontró la cama vacía. Uno de los pacientes le dijo que su padre había muerto. Vio a su padre por última vez en la morgue; sus ojos abiertos miraban fijamente la puerta "como si esperara que llegáramos nosotros", dijo Juan.

Luego de enterrar a su padre, Juan ayudó a su madre a mantener la familia. Ella compraba verduras en los cálidos valles de Cochabamba, las transportaba hasta las elevadas mesetas en que estaban situadas las minas y las vendía a un precio más alto. Juan la ayudaba y también trabajaba para un campesino que luego se convirtió en su padrastro. Las ganancias combinadas de todos ellos, que provenían de la agricultura y del comercio, no alcanzaban para mantener a la familia, por eso el padrastro acordó a buscar trabajo a las minas de Taniani. Cuando obtuvo trabajo mandó a buscar a la familia.

La madre de Juan solicitó trabajo para su hijo en las oficinas de la compañía minera, y fue contratado a la edad de ocho años para trabajar en las pilas de escoria como un *loro*, es decir, para hacer sonar el silbato con el objeto de advertir a los trabajadores de la caída de rocas. En una ocasión Juan acompañó a un hombre que había recibido graves quemaduras debido a una explosión de dinamita desde la mina hasta la carretera por la cual debía ser transportado en camión a la ciudad de Oruro. Completamente agotado por el viaje y el shock emocional de ver a un hombre agonizar entre esteriores de muerte, volvió a su puesto en la mina. Allí se quedó dormido y se despertó justo en el momento en que un desprendimiento de tierra se abalanzaba sobre los mineros que trabajaban abajo. Hizo sonar el silbato y los mineros saltaron poniéndose fuera de peligro, pero como en un

sueño, él tuvo la impresión de que se desplomaban rumbo a una muerte segura. Aunque nadie resultó herido, Juan contrajo un sentimiento de culpa tan profundo, a raíz de la visión de ensueño de la muerte de esos hombres, que cayó enfermo. Sufrió una parálisis desde la cintura hasta los pies, y tuvo que guardar cama durante dos meses. Su madre fue a ver a un *yatiri* —curandero nativo—, quien diagnosticó su enfermedad como *japeka* —miedo—. Luego de varias ceremonias en que se convocaba al alma, Juan se recobró lo suficiente como para regresar al trabajo, pero el sentimiento de culpa por un accidente que no se produjo quedó marcado en él toda la vida.

En su niñez, Juan soportó muchos golpes personales con entereza. Caracteriza su evolución en función del aumento en la carga de trabajo que era capaz de aguantar y en su capacidad de ganar dinero. Durante los pocos meses que estuvo en la escuela no aprendió a leer, pero tiempo más tarde se alfabetizó estudiando por su cuenta. "El libro mismo era mi maestro", confiesa respecto de sus esfuerzos por aprender a leer y escribir en su adolescencia. Juan aceptaba el hecho de que la vida del obrero, sus relaciones con la sociedad y su familia dependían por completo de su capacidad de producir y ganar el "pan de cada día". El lazo que lo unía a su madre dependía siempre de su capacidad de ganar dinero y de ayudarla económicamente, y siempre tuvo que competir con sus hermanos que eran mayores que él, para conquistarse su favor. Ella misma lo condujo al gerente de la mina, en Taniani, a fin de conseguirle su primer empleo. Cuando tiempo después se fue a trabajar en la mina de Catarcagua, su madre lo dejó para ir a vivir con su hermano, porque "él ganaba más que yo", explicaba Juan. Cuando ella lo visitaba sólo era para retirar comida de la pulpería, o intendencia de la mina, y asegurada regresaba a Oruro. Hasta los últimos días de su vida en Oruro, Juan experimentó una profunda tristeza a causa de la relación con su madre, y no podía contener sus lágrimas cuando hablaba de ella. Su relación con la madre le servía de modelo en el trato con sus superiores del mundo más amplio: se esforzaba por ganarse el favor y la benevolencia por medio de la dedicación a su trabajo aun cuando las recompensas fueran miserables.

En 1946 Juan cumplió con el servicio militar obligatorio en la frontera con Chile. Al describir su iniciación en el ejército, re-

vela la desorganización y el empobrecimiento del ejército boliviano de entonces. No había suficientes uniformes para los soldados; los hombres eran enviados a la frontera sin que se les notificara su destino, y cuando llegaban se los acuartelaba en establos de ganado. Sin adecuados suministros de vituallas, se veían obligados a cazar vicuñas y sacrificarias para consumir su carne. Después de unas pocas semanas, algunos hombres desertaron del ejército. Juan, que sufría de artritis debido al frío de las ventosas barracas, se sintió tentado de seguirlos pero se sobrepuso al impulso. Pasados unos pocos meses obtuvo un buen puesto, que consistía en cuidar la intendencia, y así se ganó la estima de sus superiores.

En el ejército Juan se encontró con paisanos suyos de los bajos tropicales de Santa Cruz y las Yungas, de los valles templados y de la Paz. Relata con compasión los problemas de los indios analfabetos, que eran el blanco de las bromas que hacían los reclutas que habían adquirido una educación rudimentaria en las ciudades o en las minas. Sentía la desventaja de su baja estatura, pero la superó luchando por una posición de respeto entre sus camaradas de armas.

En el ejército Juan pone de manifiesto su respeto por la autenticidad y su capacidad de acomodarse a una relación con sus superiores del tipo patrón-cliente. La jerarquía del ejército es muy similar a la de las compañías mineras, por lo que se ubicó fácilmente en él, y se ganó incluso el afecto de sus superiores. Esta comprensión de la jerarquía y el comportamiento adecuado para acomodarse a ella le sirvieron cuando dejó el ejército para regresar a la mina. Sin embargo, la dura experiencia le iba a enseñar, durante los años en que su salud declinaba, que el patrón-administrador no se sentía responsable por reciprocarse su ayuda cuando él la necesitaba desesperadamente. //

Dos días después que dejó el ejército, entró a trabajar en la compañía minera Santa Fe, adonde se habían trasladado su madre y su padrastro junto con sus hermanos y hermanas. Trabajo como barrenero manual desde 1948 hasta 1952, cuando gracias a la Revolución de Abril y a la nacionalización de las minas, recibió su primer barreno mecánico.

En el año 1953 ciertos geólogos alemanes inspeccionaron la mina y declararon que sólo le quedaba un año y medio de vida. Juan y los otros obreros convinieron al administrador, un joven

ingeniero boliviano que reemplazó a los técnicos extranjeros que habían monopolizado en el pasado todos los puestos administrativos, de que ofreciera un sacrificio de animales al Tío. Este es el término familiar que se aplica al espíritu de la montaña, *Sapuy*, una divinidad prehispánica que era considerada dueña de las minas. El ritual, llamado *k'araku* en quechua, es similar al practicado por los agricultores a fin de asegurarse buenas cosechas, y llevado a las minas por los campesinos que se incorporaron como parte de la fuerza de trabajo, daba fe a los trabajadores en la búsqueda del metal. Luego del ritual, Juan convenció al administrador de que lo dejara trabajar en un paraje abandonado, donde él estaba seguro de que existía una buena veta. Al igual que los otros obreros, Juan había desarrollado un sentido del complejo de factores que indicaba dónde estaba el metal, si bien no podía dar los nombres científicos a las condiciones particulares que lo delataban. Los hombres dicen que pueden oler y gustar los minerales que revelan el lugar de las vetas, y a veces después de hacer volar la superficie, raspan la nueva superficie a fin de comprobar sus potencialidades. Todos los días, Juan hacía estallar la dinamita, y al día siguiente los hombres entraban en el túnel para ver lo que había puesto al descubierto. Una mañana, al llegar, encontró a los hombres bailando y gritando de placer. En la nueva superficie desnudada por la explosión, había desenterrado una veta que prometía muchos años de trabajo. Los mineros le ofrecieron un *k'araku* al Tío, y trataban a Juan como al Tío mismo, le colgaban gallardetes en el cuello y lo rociaban con licor. Los ingenieros lo instaron a que bautizara la veta y él la llamó "El porvenir", porque, como decía, la misma aseguraría el futuro de todos los mineros. Al hablar de su hallazgo, Juan revela el sentido obrero de la relación entre la vida de la mina y la vida de los mineros, que dependen de su productividad. Los mineros tienen fe en la riqueza de las montañas, y esta fe que los motiva a trabajar es fortalecida por los rituales del *k'araku* y de la ofrenda semanal más sencilla de la *ch'alla*, ocasión en que se ofrecen a las imágenes del Tío de cada área de trabajo cigarrillos, coca y alcohol. Los obreros demuestran conocer la particular característica de los minerales bolivianos que aparecen en *bolsones* y desaparecen de vez en cuando pero siempre reaparecen. Este conocimiento, adquirido en la experiencia laboral, no siempre es tenido en cuenta por los técnicos, alienados

por su educación en universidades extranjeras, pero ingenieros que saben apreciarlo suelen ganarse la confianza y la cooperación entusiasta de su fuerza de trabajo.

En la jerarquía del personal de la mina existe una rígida división que separa a los técnicos, poseedores de títulos y de una apariencia de teoría que les confiere una superioridad absoluta sobre los obreros. Juan pone de manifiesto una profunda comprensión de las características que debe reunir un técnico a fin de granjearse el respeto del trabajador. El punto fundamental es que el técnico respete al trabajador. Contrariamente al estereotipo sustentado por los extraños, los mineros son muy respetuosos en sus relaciones interpersonales. Llaman a su compañero de trabajo *ñeñe*, o hermano, y se dirigen a los hombres de edad y experiencia anteponiendo la palabra Don. Juan sentía desprecio por un capataz que gritaba a los hombres "¡Eh, carajol!", y a quien ellos le pusieron como sobrenombre ese mismo término. Los salarios de los técnicos y los administradores son más de diez veces superiores a los sueldos de los obreros, aun cuando no afrontan como éstos los peligros e incomodidades que derivan del trabajo durante un día entero en el interior de la mina. Esta discrepancia salarial, unida a la incompetencia de muchos nombrados políticamente, ha destruido la base, especialmente durante los años recientes, para la cooperación y la marcha hacia el socialismo, y raro es el técnico o el administrador que logra superar las limitaciones estructurales.

La composición del equipo de trabajo sufrió cambios desde la época en que Juan ingresó en las minas, en la década del cuarenta, hasta hoy, aunque el conjunto básico de papeles se conserva. Cada mina posee una jerarquía de trabajadores y de personal supervisor, que puede diagramarse como sigue:

Personal supervisor { Ingeniero supervisor, con título universitario.
 Jefe de punto, o jefe de turno, tres en total, ingenieros em-
 piricos sin título universitario.
 Mayordomos, o capataces, para cada nivel de la mina.

Fuerza de trabajo

Barrenadores mecánicos, cada uno con un ayudante.
Chasquitas, hombres que limpian la carga.
Carpinteros, cada uno con un ayudante, que construyen sostenes de madera para elevadores, bovedas y vigas de sustentación.
Ajustadores de cañerías, cada uno con un ayudante, que mantienen, reparan e instalan cañerías de aire y agua que alimentan las máquinas.
Trabajadores del riel, cada uno con un ayudante, que instalan líneas de rieles para vagonetas.
Mostros, tomadores de muestras, que preparan muestras extraídas de las áreas recientemente barrenadas para análisis de laboratorio.
Wincheros, operadores de montacargas (*winch*) tanto para elevar cargas como hombres.
Timbrero, que opera el sistema de señales de seguridad.

En la jerarquía de prestigio de la fuerza de trabajo, el barrenador se encuentra en la cumbre debido a los mayores sacrificios de su trabajo y a los riesgos más elevados para su salud y su vida. En Siglo XX y Catavi, las minas más grandes, existen *laneros*, hombres que hacen estallar la dinamita en la operación llamada Excavación en Bloque, en que el avance en el interior de la roca se logra sin barrenos y por medio de puras explosiones, penetrando en la roca desde las alturas hacia abajo. Se considera a esta la operación más peligrosa a causa tanto de la elevada tasa de accidentes como del mayor riesgo para la salud, debido a la densa saturación en el aire de polvo y silicatos. Mientras que el barrenador tiene una expectativa de vida de diez años para sus pulmones, la del *lanero* es de seis años, siempre que no sufra antes un accidente fatal.

Con anterioridad a la nacionalización existían los mismos roles de los obreros, pero había más barrenamiento manual y cada equipo de barrenadores con sus respectivos ayudantes era apoyado por una *cuadrilla*, consistente en *chasquitas* (hombres de pico y pala que limpian la carga), *carreteros* (hombres que manejan las vagonetas de rieles, de tracción manual o eléctrica) y un *cabecilla* (capataz) a cargo del grupo. Estos grupos de trabajo de quince o más hombres constituían un equipo que participaba del mismo contrato, basado en la producción del grupo y subdividido de acuerdo con el sacrificio que implicaba su

ticipación en el trabajo. Con posterioridad a la nacionalización de las minas y a la introducción de los barrenos mecánicos, el equipo de trabajo estaba compuesto por el barrenador y su ayudante. El resto de los hombres trabajaba "por la casa" o sobre la base de sus contratos individuales. Según los trabajadores, perdieron la solidaridad de un amplio núcleo de trabajadores que formaban un grupo primario y ejercían presión sobre la administración si el contrato no era pagado en su totalidad. Con la nueva organización, la lealtad se trasladó del grupo primario a la fuerza de trabajo de la mina como un todo, ya que los trabajadores confiaban al sindicato la vigilancia de que el contrato fuese pagado. Cuando se suprimió el sindicato tras la ocupación militar de las minas en 1965, los hombres se dieron cuenta de que eran más vulnerables que antes de la nacionalización debido a que habían perdido la solidaridad del grupo primario y del grupo de referencia secundario en el sindicato.

El trabajo se controla en la mina mediante una rígida programación del tiempo. La seguridad del trabajador y su vida misma dependen del conocimiento que éste tenga de dicho programa. En el momento en que lo olvida, renuncia a su vida. En Santa Fe, donde Juan trabajó hasta 1968, está establecido que la dinamita estalle a las 11 de la mañana, ocasión en que todos los hombres abandonan sus áreas para ir a almorzar, y a las 3 de la tarde cuando regresan a sus casas. Si alguien trabaja más del tiempo establecido y es abandonado por sus compañeros, se ve sujeto a muchos peligros y, si algo llega a ocurrir, carece de toda ayuda. En el transcurso de su carrera laboral, Juan ayudó a rescatar al menos a media docena de sus compañeros destruidos por accidentes graves ocurridos durante el trabajo. Debido a su baja estatura, más de una vez se le pidió que se introdujera en un túnel provisional a fin de sacar a mineros sepultados por desprendimientos de tierra. Sus declaraciones acerca de estas víctimas de accidentes revelan la parquedad de la expresión emocional, así como la profundidad del sentimiento con que los hombres aluden a estas horrosas experiencias. Al recordar a un trabajador que quedó destrozado a consecuencia de una explosión de dinamita, declaró: "Su cuerpo estaba completamente mezclado con la carga. Estaba hecho una masa de carne picada. No le quedaba un solo hueso sano; los tenía todos fragmentados. Ni siquiera pudimos recuperar todos sus huesos. No recogimos

lo suficiente como para llenar su casco. El jefe dijo: 'Separen esta carga y llevenla a la planta de concentración para que podamos sacar sus restos.' Pero no pudimos hacer eso porque resultaba muy penoso. Y así la carga marchó junto con el resto a la planta de concentración y fue triturada toda junta."

A través del análisis de los accidentes que Juan presencié y relata en su autobiografía, podemos abstraer las reglas no verbalizadas de la sobrevivencia: 1) reconoce y atente al ritmo de la mina y sigue los mismos pasos que tus compañeros para *alku-llikar* (mascar coca en grupo), almorzar y regresar a tu sitio de trabajo; 2) coopera y relaciónate con tus compañeros, haciéndote amigo de los otros hombres, que en momentos de peligro te prestarán ayuda; 3) evita el trabajo solitario para que siempre dispongas de ayuda pronta. El primer requisito para trabajar en la mina es contar con un fuerte deseo de vivir, de suerte que todos los reflejos se hallen listos para defenderse en los momentos de peligro. Cuando un obrero se encuentra preocupado por dificultades de familia o problemas económicos, pierde su capacidad de estar alerta que es la que hace posible la sobrevivencia. La interdependencia de los obreros es tan grande que, cuando ocurre un accidente, todos experimentan un sentimiento de culpa y la necesidad de racionalizar el por qué no pudieron salvar al compañero. Aquellos que han sufrido accidentes individuales de carácter grave o fatal son, en su mayor parte, jóvenes que acaban de iniciarse, indios solitarios que no lograron aprender a llevarse bien con sus compañeros y hombres que han sufrido una desilusión personal. En el caso de accidentes colectivos que resultan de errores técnicos o equipos defectuosos, estos factores no son significativos.

En el interior de la mina, los mineros suelen invocar a *Aweichu*, la vieja compañera mítica del Tío, para que los ayude cuando tienen miedo. Aunque Juan, en el nivel de la conciencia, negaba toda creencia en estos espíritus, participaba en los rituales y evitaba invocar a Dios o a Jesucristo, gestos que provocan las iras del Tío. Por debajo del nivel cero se estima que existe el reino del diablo, por lo que sería contradictorio invocar a las deidades que reinan por encima del suelo y en los cielos.

Paulina fue la compañera que completó la vida de Juan. Sabía cómo pelear en el campamento minero para conseguir buen alojamiento y alimentos en la pulpería. Estaba al tanto de la

auto-explotación a que se sometía Juan a fin de ganarse la buena voluntad de sus jefes y asegurarse buenos contratos, y hacía todo lo que podía para disminuir la pérdida del vigor físico de su esposo. Era más práctica que él en sus relaciones con los parientes y vecinos, trataba de contener la generosidad de Juan, y cuando él se negaba a competir con sus camaradas obreros, Paulina se hacía cargo de la situación. Era ella y no Juan quien exigía una vivienda superior en el conjunto habitacional, acorde con la posición de un barrenador de primera clase. Se levantaba todas las mañanas a las 3 y 30, hora en que se expendía carne fresca en la intendencia, para que la familia pudiera elegir los cortes. Sin contradecir a su esposo, lograba sus fines a su manera. Cuando Juan estuvo enfermo en el hospital tras haber salvado a un compañero en un desprendimiento de tierra, ella llamó secretamente a un *yatiri* (curandero nativo) y lo curó con rituales practicados en su casa.

Juan aceptaba la rutina cotidiana de "sepultarse vivo en la mina" con el objeto principal de "comprar" la vida de sus hijos y salvarlos de ese destino. Ese deseo estuvo a punto de frustrarse cuando un día Facundo, su hijo de 15 años regresó de la escuela y manifestó: "No nací para estudiar." Poco faltó para que Juan y entoqueiera. Lo golpeó sin piedad y vituperó su intención de abandonar los estudios. Juan tenía una vida ciega en la educación como medio de salvar a sus hijos de la vida de la mina. En una hazaña retórica, le espetó a gritos: "¿No me ves día y noche arañando la tierra con mis uñas y por eso las tengo completamente consumidas hasta el hueso? ¿Lo ves? ¿Desens trabajar como yo dentro de la mina? ¿Desens enterrarte vivo en la mina, debajo de la tierra, como yo, yendo a trabajar todos los días? ¿Quieres eso?"

Paulina intervino cuando volvió a casa y Juan salió a buscar la soledad del cementerio para recuperar la calma. Allí vio a otro minero que había perdido un ojo en un accidente y a quien los médicos le acaban de informar que pronto quedaría ciego del otro ojo. Sin que Juan lo supiese, el otro había acudido a ese sitio para suicidarse. Juan oyó la explosión de la dinamita, vio a los mineros que regresaban del trabajo dirigir sus miradas hacia la montaña, donde se hallaba el cementerio, y luego siguiendo la dirección de sus miradas, vio el cuerpo del minero destrozado por la dinamita con la que se había volado a sí mismo. En este

retrato de los dos hombres bosquejado por Juan, él mismo y su compañero de trabajo, ambos desesperados porque, pese a tantos sacrificios, no podían concretar sus esperanzas mininas, encontramos la refutación de los estereotipos que pintan al trabajador como a una persona embrutecida, sin otro objetivo concreto que ingerir el próximo trago en la chichería, sin metas superiores, como un engranaje pasivo de la maquinaria industrial, desprovisto de toda comprensión acerca de su posición en el contexto más amplio de la industria.

Después de la nacionalización de las minas se produjo un cambio importante en la organización del trabajo al ser reconocidos oficialmente los sindicatos. En tiempos del Presidente Uriolagoitia los sindicatos funcionaban clandestinamente y los líderes se hallaban constantemente amenazados por agentes del gobierno. En una ocasión, en 1949, Juan ayudó a los líderes de la mina Santa Fe a escapar y dio ayuda a sus familias con fondos de su propio bolsillo. En esa época los líderes surgían directamente del grupo de trabajo y eran mantenidos por sus compañeros cuando se los despedía y debían ocultarse. En la década del '50, Paz Estenssoro legalizó los sindicatos, incorporó a los líderes de la federación al gobierno en la fase de "cogobierno", y creó así una brecha en la cohesión del grupo primario. La corrupción de los líderes corrió pareja con su oportunismo político, en detrimento de la clase trabajadora y de su movimiento. La cooperación del movimiento sindical por parte del populista Movimiento Nacional Revolucionario contribuyó más a socavar el movimiento que la represión de Barrientos, porque destruyó la confianza de los obreros en sus propios líderes, mientras que los mártires del barrientismo hicieron nacer en ellos la convicción de que debían continuar la lucha.

Si bien Juan jamás fue un alto dirigente, ocupó puestos de responsabilidad en el sindicato como delegado de los obreros. Representó a sus compañeros honestamente e incluso arriesgó su vida en defensa de sus derechos. Desempeñó funciones en el Control Obrero, puesto creado después de la Revolución de abril de 1952, a fin de dar un papel activo a los obreros en las decisiones administrativas. El servicio militar le fue útil para su defensa del movimiento sindical. En una ocasión, en 1959, Walter Guevara Arze armó a la mina de Morococalla, cercana a Santa Fe, con la esperanza de ganarse algún apoyo de la clase trabajadora

a su candidatura en las elecciones de 1960, en las cuales se opo-
nía a Paz Estenssoro quien aspiraba a ser electo presidente. Los
mineros de Morococla atacaron Santa Fe, donde los mineros
apoyaban a Paz Estenssoro. Al reflexionar sobre este choque en
que peló a la defensa de Santa Fe, Juan reconocía que los dos
bandos habían sido engañados por los políticos puesto que per-
mitieron el enfrentamiento de hermanos contra sus compañeros
obreros. También señala cómo el favoritismo que Paz Estenssoro
dispensó a los sindicatos durante los primeros días de la revolu-
ción puso al pueblo contra ellos. En momentos en que en el país,
hacia fines de la década del '50, había escasez de artículos básicos
de subsistencia, las minas recibieron un tratamiento preferencial.
Juan se sintió profundamente perturbado por el hecho de que
otros sectores de la clase trabajadora consideraran enemigos a los
mineros porque comían pan blanco cuando el resto de la pobla-
ción consumía pan elaborado con la cáscara del trigo. Cuando
Barrientos envió sus tropas a ocupar las minas, en 1965, Juan
peló, al lado de los mineros de Santa Fe, Japo, Morococla,
Sora Sora, cercanos al centro minero de Huanuni, contra la ocu-
pación de las minas por las fuerzas militares.

Cuando el General René Barrientos Ortuño se hizo cargo de
la presidencia tras el golpe del 4 de noviembre de 1964, fue
apoyado por la mayoría de los mineros debido a sus promesas de
mejorar la economía. Pero en el momento de la ocupación de las
minas, en mayo de 1965, Barrientos daba comienzo a cinco años
de opresión. Los dirigentes gremiales fueron encarcelados o de-
portados. Juan estuvo por caer en manos del Departamento de
Investigación Criminal (DIC) cuando se lo nombró delegado ante
una reunión a celebrarse en la Paz en 1965, pero escapó mientras
el ejército se apoderaba del camión en que habían viajado sus
compañeros. Tiempo después se enteró de que los funcionarios
del gobierno habían traicionado a los sindicatos y, en lugar de
concederles audiencia a sus dirigentes, los torturaron y encarcela-
ron. Las familias de esos mineros se quedaron sin sustento,
salvo la ayuda que les prestaron sus vecinos y amigos de la co-
munidad minera.

Una vez destruidos los sindicatos, Barrientos firmó un decreto
por el que se redujeron los sueldos y contratos de los mineros en
un cincuenta por ciento. Durante su régimen, a partir del golpe

que lo llevó al poder en 1964 hasta su muerte acaecía en un
accidente de aviación en 1968, las minas fueron completamente
reorganizadas conforme al Plan Triangular, elaborado por el Ban-
co Interamericano de Desarrollo y representantes de Alemania
Federal y Estados Unidos, que eran quienes habían prestado el
dinero a COMIBOL. El plan hacía hincapié en la capitalización
de las minas, la compra de maquinarias que ahorrasen trabajo,
particularmente en las plantas de concentración, y el control so-
bre la fuerza de trabajo, a la que se responsabilizaba por la baja
productividad de las minas. Una de las peores mantanzas en toda
la historia de las minas se llevó a cabo bajo sus órdenes, en la
madrugada de la fiesta de San Juan, el 24 de junio de 1967. El
ejército irrumpió en el campamento de Siglo XX - Catavi la vis-
pera de San Juan, ocasión en que los obreros se hallaban be-
biendo y bailando en celebración del "calentamiento de la tie-
rra". Los soldados mataron a más de 87 hombres, mujeres y niños.
La matanza era una advertencia dirigida a los mineros que pla-
neaban un congreso para el día siguiente. Los obreros eran des-
pedidos a menudo con el pretexto de robar mineral de las minas
mientras se introducían las máquinas que debían reemplazar las
operaciones manuales. Pero las esperadas economías nunca se
concretaron, ya que la jerarquía de la Compañía Nacional de
Minas expandió su fuerza burocrática, así como el número de
los puestos técnicos no productivos, y reemplazó, en los niveles
superiores, a los ingenieros capacitados por personal militar.

En lo que a Juan se refiere, la declinación minera de la década
del sesenta hallaba un paralelo en su propia vida. En 1964 cayó
en la cuenta de que sus pulmones estaban completamente ataca-
dos por la silicosis. Siguió trabajando mientras llevaba adelante
el papelero necesario para obtener beneficios de seguridad social.
Después de 1967 no pudo continuar su trabajo por contrato en
el interior de la mina y pasó a desempeñarse como sereno; trans-
currieron tres años antes de que por fin se jubilara, en julio de
1970. Tanto la mina de Santa Fe como la de San José habían
agotado sus riquezas, al mismo tiempo que Juan había consu-
mido sus pulmones. Poco es lo que se había hecho por explorar
las minas y la mayor parte había extinguido sus vetas abiertas
en la época de los magnates del estuño. Esto se debió en parte
a la ignorancia de los dirigentes militares, ubicados en puestos
administrativos por razones políticas, y en parte a la debilidad

de los técnicos o supervisores, que no querían correr el riesgo de caer en elevadas pérdidas a causa de tareas de exploración cuando los funcionarios superiores evaluaban su desempeño sólo a través de cálculos efectuados en función de la planilla de pagos. Además, los mineros trabajaban sin voluntad porque su contribución era muy poco reconocida. Aun cuando el pago a los obreros contratados era bajísimo los técnicos encargados de calcular el trabajo por contrato tenían instrucciones de reducir la cifra al mínimo, incluso trampeando al obrero. Juan, con sus pulmones doloridos y hastiado de las trampas en los contratos, decidió no seguir explotando su propio cuerpo, y estuvo de acuerdo con la orden del doctor de que se le asignara un trabajo más liviano.

Al reflexionar sobre su vida en la mina, Juan revela los valores de la clase trabajadora. No podía dañar ni siquiera una herramienta de la compañía que lo explotaba, porque representaba la cristalización del trabajo de otro hombre. Este valor, si bien no es compartido por los obreros alienados, constituye un aspecto importante de la conciencia proletaria, que rara vez se ha reconocido. Juan comparte con sus compañeros de trabajo cierto orgullo nacionalista, que fue explotado por los líderes populistas del Movimiento Nacional Revolucionario, y expresa gran satisfacción por su aporte a la nación efectuada a través de su productividad. Cuando estalló la revolución de 1952 y el gobierno de Víctor Paz Estenssoro nacionalizó las minas más grandes de Bolivia, el cambio más significativo para Juan fue recibir un barreno mecánico con el que experimentó la sensación de que podía elevar al máximo su rendimiento. Juan valoraba su posición en la comunidad minera y era tan generoso que alarmaba a su esposa con los regalos y la ayuda que brindaba a vecinos y compadres.

Existen contradicciones entre los valores de la clase trabajadora y la cultura *chola* en la cual tuvo origen. La cultura *chola* es una adaptación característica de los indios andinos en el medio urbano o industrial. Dentro de esta cultura se cultiva la estrategia de ganarse la aprobación de los superiores a fin de introducirse en las esferas de la influencia política y económica. Los expertos en este tipo de estrategia se llaman *llankus*, o personas que se granjean el ingreso en los círculos del poder mediante la adulación o el engaño. Dicha estrategia se halla en conflicto con la

ideología de la lucha de clase promovida por el sindicato, pero es precisamente la dirección sindical quien, impulsada por el deseo del lucro, utiliza la estrategia. Algunos obreros eligen medios que se oponen al sentimiento de solidaridad de clase, cuando consiguen tener influencia por medio de regalos hechos al funcionario superior o informando sobre los activistas sindicales. Otros, como Juan, tratan de conquistarse el favor a través de su dedicación al trabajo. Una de las ironías de la vida de Juan es que sacrificó su vigor y salud a fin de obtener la aprobación de sus supervisores, para, al final de su vida productiva, no recibir ninguna ayuda de esos patrones que se beneficiaron con su trabajo. Su deseo de obtener la aprobación del patrón revela la "conciencia segmentada" de los trabajadores, atrapados entre el viejo paternalismo y la nueva impersonalidad de la industria. Los derechos a la seguridad social por los que pelearon los trabajadores resultaron inoperantes cuando tuvieron que recurrir a ella, y Juan debió esperar más de un año, después de jubilarse, para recibir su primer cheque.

Otra de las contradicciones radica en que la cultura *chola* posee una orientación comercial reñida con la ética del trabajo productivo. En el momento en que el *cholo* reúne un poco de capital, lo invierte en algún negocio, para obtener un precio mejor y sacar ventaja de las diferencias ecológicas del país llevando los productos desde los valles a la alta meseta. En esas relaciones comerciales, los *cholos*, o más frecuentemente las *cholitas*, desarrollan relaciones del tipo patrón-cliente entre vendedor y comprador. Esas relaciones alojan la solidaridad de clase forjada en el medio laboral. De manera típica, la esposa del minero se dedica a esas operaciones y su influencia en las decisiones cotidianas de la familia se convierte a su vez en una poderosa influencia en la socialización de los hijos. La madre de Juan vendía verduras y hortalizas cuando murió su esposo y, tiempo después, suplementaba los ingresos de la familia cuando vivía con el padrastro de su hijo. También operaba una *chichería* fabricando chicha con maíz fermentado en Cochabamba, cuando conoció a la madre de Paulina, que más tarde se convirtió en la esposa de Juan con

⁵ Cf. Alain Touraine y Daniel Pécaut, "Working Class Consciousness and Economic Development in Latin America", en I. L. Horowitz, compil., *Masses in Latin America*, Oxford University Press, Nueva York, 1970.

gran satisfacción para ambas mujeres. Cada vez que la madre de Juan tenía necesidad de ganarse la vida, debido a que uno u otro de los hombres con quienes vivía moría o la abandonaba, volvía a echar mano al viejo recurso de vender en el mercado a fin de conservar su independencia. Paulina vendía caramelos y pasteles en la plaza de Santa Fe cuando su padre no trabajaba, y después de su casamiento traía con frecuencia artículos del mercado de Oruro cuando iba a visitar a su suegra, y los vendía en el campamento minero. Confeccionaba asimismo delantales y artículos de punto que luego vendía. A menudo dirigía el *pasanaku*, fondo de dinero aportado por diez participantes con retiros mediante sorteo de lotería, una suerte de ahorro forzado en la comunidad minera. Siempre fue más práctica que su esposo en la lucha por el bienestar de la familia. El honor y la gloria del hombre de la clase trabajadora se ganan por medio de una división del trabajo que asigna a las mujeres las tareas más groseras.

2) La cultura *chola* preservó las creencias y los rituales de la época precolonial en la comunidad minera. Los mineros no experimentan ningún conflicto entre las creencias y rituales relativos a la *Pachamama*, o espíritu de la tierra, y al *Tío*, y la creencia cristiana ortodoxa. La ausencia de disonancia se debe menos al sincretismo, como se ha descrito para el caso de México, que a la oposición complementaria dentro de una visión unitaria del mundo. En la época en que los sacerdotes cristianos llegaron a las altiplanicies andinas, la actitud de tolerancia que prevaleció en México, donde a los sacerdotes se les concedió una dispensa especial que los facultaba para efectuar identificaciones entre las creencias indígenas y españolas, fue reemplazada por la táctica inquisitorial en vigencia en la península. El cristianismo ensalzaba la sumisión, actitud que se proyectaba en Cristo y la Virgen. El comportamiento acorde con este sistema de creencias predominó en la superficie, pero cuando los supervisores no se hallaban presentes, los mineros y sus familias siguieron cultivando la vieja fe en la intimidad del hogar y en las minas. La Virgen, ni aun forzando la imaginación, podría identificarse con la *Pachamama*, la fuerza vital y el principio vivificante de un orgulloso pueblo agrícola. Al *Tío* se le ha asignado el lugar del Diablo en la mitología cristiana, pero su semblanza conservó los atributos de los espíritus de las montañas; es el poder que controla las riquezas de

la tierra y que puede liberarlas en beneficio de quienes le hacen ofrendas. Esta oposición complementaria se mantuvo gracias a una neta separación temporal y espacial en el reconocimiento de los rituales de los dos conjuntos de poderes. Los martes y los viernes son los días dedicados a efectuar ofrendas a los *tigullos* (*Tíos*), las *awichas* (espíritu de mujer vieja) y los *encantados* (efigies de piedra encantadas), mientras que los domingos y los días de fiesta según el calendario católico se hallan reservados para las deidades cristianas. Los rituales del *chilla* y del *karaku* dan a la gente la confianza que necesitan para seguir a la caza del metal o para entrar en la mina después de un accidente. El ritual cristiano del período colonial y de la independencia permitió aceptar la derrota, mientras la vieja religión infundía al pueblo esperanzas para vivir.

La visión que Juan tiene del mundo suministra elementos para una íntima comprensión de la complementariedad de ese sistema. Es un católico devoto, aunque va a la iglesia sólo para los bautismos, casamientos y funerales de su familia y compañeros de trabajo, pero cree en Dios y ha tratado con sinceridad de cumplir con los mandamientos durante toda su vida. La lectura de la Biblia lo afirmó en su creencia en el Espíritu omnipotente, y rechazó como intrusos el culto de los santos y la devoción a sus imágenes. Como cabecilla, dirige los rituales del *karaku* y del *chilla* en honor del *Tío* y las *Awichas*, siguiendo al pie de la letra los requisitos de pureza en la presentación del sacrificio y el mandato que prohíbe perturbar la comida. Reconvinó a uno de sus trabajadores, cuando éste arriesgó las vidas de sus compañeros al hacer estallar dinamita en el lugar en que habían sido enterrados los huesos sacrificiales de la llama. No existía en él ningún sentimiento disonante entre la observancia de dichos rituales y la adhesión a los mandamientos cristianos.

Muchos análisis de la estructura social señalan una oposición entre los valores tradicionales de lealtad al grupo primario y la conciencia moderna; se llega así a la conclusión de que las lealtades al grupo primario se oponen a la modernización. La historia del desarrollo capitalista en los centros metropolitanos nos ha hecho prever una pérdida de identidad con los grupos primarios y, en consecuencia, la alienación del hombre en la industria. Pero si se acepta esto como inevitable se niegan otras alternativas posibles de desarrollo. Los centros mineros de Bolivia revelan otro

curso en el desarrollo de la conciencia de los trabajadores. La confianza de los obreros de base en sus dirigentes se forma en el grupo de trabajo. La cuadrilla era la célula más poderosa de la reacción contra la opresión de los administradores antes de la Revolución. Los rituales que celebraban esos grupos primarios permanecieron en vigencia en los lugares de trabajo con posterioridad a la reorganización de las minas acaecida después de la Revolución. Aunque los sindicatos no promovieron esos rituales, dado que ello era contrario a su fe racional en la ideología marxista, no se opusieron a los mismos. La solidaridad de la cuadrilla, fortalecida mediante esos rituales, imprimía fuerza a la oposición del trabajador frente a la dirección, particularmente en tiempos de represión. Estas mismas lealtades, forjadas en los grupos primarios, proporcionan el incentivo más poderoso para actuar durante las crisis, pero pueden acabar en el particularismo y la desunión que caracterizaron a la oposición de Morococala y Santa Fe, cuando la fuerza de trabajo predominantemente india de la mina citada en primer término fue capitalizada contra la población mayoritariamente chola de Santa Fe. La tarea de los nuevos dirigentes sindicales consiste en elevar la conciencia del grupo, primero en la mina, y, más tarde, en toda la clase trabajadora. Las formas de lograrlo todavía están por crearse.

La vida de Juan es una vida dedicada al trabajo, un trabajo motivado no por el egoísmo sino por el intento de brindar vida a su familia, educar a sus hijos, ganarse el respeto de sus camaradas y sus patronos. Trabajaba con la esperanza de "rescatar" de las minas la vida de su hijo por medio de la educación, y con la esperanza, también, de poder descansar cuando sus pulmones estuvieran agotados. Hasta ahora no ha podido concretar ninguna de sus dos esperanzas. Su hijo trabaja en el interior de la mina. Él no ha recibido la jubilación después de tantos años de sacrificio. Sin embargo, contempla con orgullo la contribución que efectuó a la nación y a su familia. Es un hombre que cargó desde su niñez con una responsabilidad inaguantable, pero que supo llevarla adelante. Es un hombre que recibió un tratamiento inhumano pero que no se deshumanizó. Supo con su esposa sostener una familia, en la cual reinan el amor y el afecto, a pesar de las magras comidas de fin de mes. A diferencia de la juventud alienada de la generación opulenta de los Estados

Unidos, sus hijos están orgullosos de él y no experimentan resentimiento alguno en seguir sus pasos. Merece el orgullo que expresa en un discurso dirigido a sus amigos y parientes en ocasión de cumplir 44 años y retirarse de la mina:

"En estos momentos de fiesta en que nos reunimos, quiero brindar con ustedes. He prestado mis servicios al país, especialmente a la *Corporación Minera de Bolivia*, como barrenador de primera categoría. Mis jefes tuvieron deferencia conmigo y me respetaron... Todos mis pensamientos han estado puestos en el trabajo, siempre en el trabajo. No puedo olvidarlo. Ahora estoy libre del trabajo, pero en cuanto a mi salud no lo estoy... La vida de un minero no puede comprarse ni con plata ni con oro... Así es la vida del minero."